Por **Carlos Pérez Vaquero** Redactor-jefe de Cont4bl3 [cpvaquero@gmail.com | cpvaquero.blogspot.com]

Los contables en el cine

En La lista de Schindler, el contable judío Itzhak Stern mira orgulloso a su jefe y le dice que aquella lista es el bien absoluto, la lista es la vida. Alrededor de sus márgenes yace el abismo

El actual concepto de las **seis Bellas Artes** –arquitectura, danza (y teatro), escultura, música, pintura (y dibujo) y poesía (y literatura)– fue creado en 1746 por **Charles Batteux** en su libro *Las bellas artes reducidas a un único principio,* donde el filósofo francés concibió el arte como una fiel imitación de la belleza natural. Desde entonces, se ha mantenido ese criterio pero como no se trata de un concepto cerrado ni de una lista oficial, con el paso del tiempo se ha ido ampliando y, actualmente, por ejemplo, suele hablarse del cine como el *séptimo arte* e incluso se ha propuesto que la fotografía sea el octavo; el cómic, el noveno; e internet, el décimo.

Hasta el momento, en la sección ContabilizARTE de la revista CONT4BL3 nos hemos ocupado de la relación que existe entre la Contabilidad y algunas de aquellas seis Bellas Artes; hoy, conoceremos algo más sobre su presencia cinematográfica.

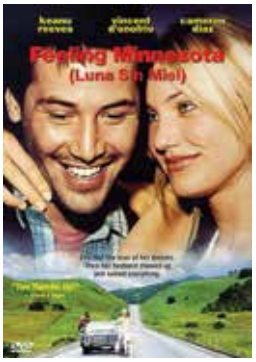
Durante el II Encuentro de Profesores de Contaduría Pública, que se celebró en la Universidad Nacional de Colombia, en marzo de 2011, uno de los alumnos que asistió a la ponencia sobre *Hitos de la historia de la contabilidad a través del cine*, le preguntó a una de las conferenciantes, la profesora Sandra Barrios, de la Universidad Santo Tomás, **cuál era la imagen de los contables que se mostraba en las películas**. Su respuesta fue que (…) *por lo general, la visión del contador* –como se denomina a los contables en Iberoamérica– *es la de un personaje muy serio, muy plano, casi invisible, con gafas, muy gris, a veces canosito, escondido en el último rincón de la organización en la que se encuentra (…) Digamos que no puede ir más allá de la exactitud de los números*.

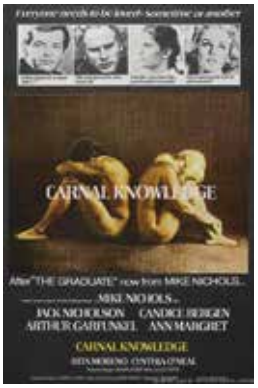
Con esa imagen de seriedad, en blanco y negro y desempeñando un papel secundario, casi anónimo pero trascendental en el devenir tanto del argumento de la película como en la historia real que inspiró el largometraje, encontramos al que, probablemente, sea el personaje de un contable más famoso del séptimo arte: el bienintencionado *Itzhak Stern* que interpretó Ben Kingsley en ***La lista de Schindler*** (Steven Spielberg, 1993).

Sin la ayuda de este contable de Cracovia, el empresario alemán *Oscar Schindler* (Liam Neeson) no se habría transformado, dejando atrás a aquel rico egoísta que solo buscaba su propio beneficio a costa de explotar la mano de obra barata que los nazis le proporcionaban, procedente de los guetos, para crecer moralmente y comprometerse con su contable en el noble objetivo de salvar al mayor número posible de judíos, de los campos de exterminio, durante la II Guerra Mundial. Así fue como los dos hombres redactaron una lista con 1.200 nombres escritos en 12 páginas. En una escena que se ha convertido en todo un clásico, un feliz y orgulloso *Stern* mira a su jefe y, mostrándole aquellos papeles, le dice: *La lista es el bien absoluto, la lista es la vida. Alrededor de sus márgenes yace el abismo.* El film logró siete premios Óscar, incluyendo los de mejor película y director.

Otro contable que consigue impartir una buena lección de dignidad es el personaje de *François Pignon* (Jacques Villeret) en ***La cena de los idiotas*** (Francis Veber, 1998). El argumento de esta conocida cinta francesa cuenta la absurda idea de un grupo de cínicos y aburridos amigos que, cada miércoles, invitan a cenar a alguien, simplemente, para reírse de él. Cuando *Pierre Brochant* (Thierry Lhermitte) llega a su casa con aquel experto en contabilidad que pasa las horas muertas construyendo monumentos con cerillas, está convencido de que ha encontrado *al mayor imbécil de toda Francia*; pero las cosas no saldrán como él había previsto y *Pignon* acabará cambiándole la vida.

Pero, siendo honestos, ambos contables no representan realmente el prototipo que ha reflejado el cine; ese rol le corresponde a la despectiva imagen de un *chupatintas* que trabaja para los bajos fondos, llevando la caja B de los





delincuentes y que suele complicarse la vida testificando contra ellos, huyendo con un maletín lleno de dinero negro o enamorándose de quien no debe (generalmente, la chica del gángster).

En ***Arma Letal II*** (Richard Donner, 1989) los policías *Martin Riggs* (Mel Gibson) y *Roger Murtaugh* (Danny Glover) tienen que proteger al contable de una poderosa banda de narcotraficantes –el personaje de *Leo Ges*, interpretado por Joe Pesci– para que pueda testificar contra la organización en un juicio. Un año más tarde, la misma productora, Buddy Films, utilizó un argumento similar en ***Huida a medianoche*** (Martin Brest, 1988) con Robert de Niro y Charles Grodin. En este caso, un antiguo policía de Chicago, reconvertido en cazador de recompensas, ganará 100.000 dólares si encuentra a un contable que se ha fugado llevándose 15.000.000$ de la Mafia. La historia se complica cuando el ex policía descubre que él no es el único que anda buscando al forajido.

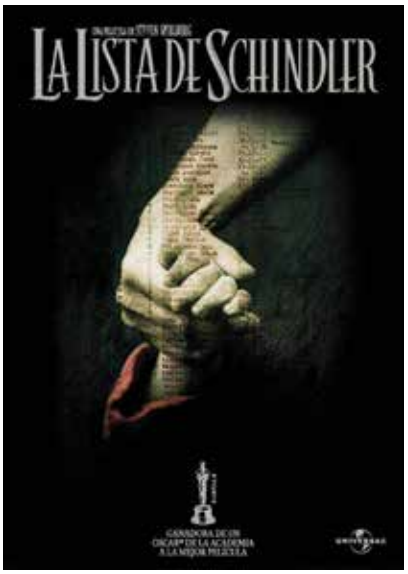
En esa línea, ***Luna sin miel*** (Steven Beigelman, 1996) es una historia de amor *con consecuencias desagradables*, que se inicia cuando una rubia fatal, *Freddie* (Cameron Díaz) tiene que casarse con el contable en un club de alterne, *Sam* (Vincent D'Onofrio), pero el día de la boda se enamora de su cuñado, *Jaks* (Keanu Reeves) y deciden huir, perseguidos por la policía y el marido despechado.

Junto al cine de acción, otro género donde suele recurrirse al personaje de un contable es la comedia romántica. En ***Algo salvaje*** (Jonathan Demme, 1986) se narra la relación de *Charles Driggs* (Jeff Daniels) y *Lulú* (Melanie Griffith), un *atractivo contable de mediana edad* enamorado de una *chica extravagante* a la que tendrá que llevar a casa de su familia, fingiendo que están recién casados.

Pero no debemos pensar que los contables cinematográficos son siempre personajes masculinos, dos de los grandes éxitos de los años 80 estuvieron protagonizados, precisamente, por mujeres: en ***Hechizo de Luna*** (Norman Jewison, 1987), *Cosmo* (Vincent Gardenia) es el padre de una eficiente contable de Brooklyn, *Loretta Castorini* (Cher) a la que trata de concertar un nuevo matrimonio tras haber enviudado joven. El afortunado es *Johnny Cammareri* (Danny Aiello) pero la magia de nuestro satélite hará que ella se fije de su hermano pequeño *Ronny* (Nicolas Cage).

Una segunda comedia que logró una excelente taquilla a finales de aquella década fue ***Mira quién habla*** (Amy Heckerling, 1989), que dio lugar a dos secuelas y a una serie de TV. Contaba la historia de un bebé, Mickey, al que el público podía escuchar sus pensamientos. El niño contaba la relación de su madre, la contable *Mollie* (Kirstie Alley) desde que decidió ser madre soltera y criar sola a su hijo hasta que encuentra al padre perfecto, el taxista interpretado por John Travolta.

Otros artistas que también se han metido en la piel de un contable son: Jack Nicholson, en la película ***Conocimiento carnal*** (Mike Nichols, 1971); Alan Alda, en ***Una vez al año*** (Robert Mulligan, 1978); Michael Caine, en ***Hannah y sus hermanas*** (Woody Allen, 1986); Joseph Fiennes, en ***El sabor de la traición*** (Edwaerd Thomas, 2000) o Peter Stormare, en ***El círculo del crimen*** (Rob Walter, 2000).



Como curiosidad, cuando el personaje de Kevin Kline tiene que suplantar al verdadero presidente de los EEUU en ***Dave, presidente por un día*** (Ivan Reitman, 1993), termina recurriendo a un viejo amigo suyo contable (de nuevo, el actor Charles Grodin) para que le ayude a rehacer las cuentas públicas –nada menos– del presupuesto federal norteamericano.